

PROSA Y VERSO

Periodico literario



Redacción y Administración: Pedro de la Gasca, 7

Año II.—Segunda época.—Núm. 21.

AVILA DE 25 ENERO DE 1908

LOS DE CASA



Joaquin Albi de Paz.

SUMARIO

Entre sábados, por Nanclares.—El Prodigio del Llanto, por José Mayoral Fernández.—Una rival, por Federico Pérez Olarría.—Autobiografía, por Joaquín Albi.—Ecos de sociedad, por *El Diablo Cojuelo*.—Meditando, por Guillermo García.—Espectáculos, por N. N.—Picadillo y Apartado de "Prosa y Verso" por El Cartero.



Por
Nanclares

Pues señor, este empecatado Pepillo no sabe lo que ha hecho con implantar en Avila el género varietés que se cultiva en su cine. Miren ustedes por donde ha venido á producir una revolución social en el seno tranquilo de las familias y la perturbación completa de los usos y costumbres legendarias de nuestra monótona población.

La paz octaviana que reinaba en todos los hogares, se ve hoy en el más completo estado anárquico por causa de los espectáculos del Coliseo Abulense.

Marido hay que con todo el amor de su corazón se ha determinado una noche á convidar á su cara mitad á ver una seccioncita del cine, y antes de salir de casa ha recibido en premio á su desprendimiento dos ósculos sonoros en cualquier clarito de su peluda faz; pero, después... ¡ah!, después de acabar la función ha experimentado un cambio tan radical en su cariñosa compañera, que la mira y la remira sospechando que se la puedan haber cambiado entre las aperturas de la salida.

Bueno ¿y á que dirán ustedes que obedecen estas metamorfosis matrimoniales? Pues á obsesiones momentáneas que sufren los cerebros femeniles con harta frecuencia.

Esta señora de mi cuento, es celosa. El esposo, hombre de buena posición y ningunas ocupaciones, es amigo de pasar las noches en el Casino; muchas de ellas aburriéndose soberanamente, ó mejor dicho burguesmente que es de la única manera que se pueda aburrir un burgués acomodado; pero el caso es que le gusta trasnochar y esto la tiene á su señora con más escamas que una trucha de esas 30.000 que están criando á biberón en el huerto del señor Ibarreta.

Como decía á ustedes, fueron al cine una noche en que la mala ventura hizo que se exhibiese una

cinta que representaba un marido que daba la coba á su mujer para dejarla tranquilita en casa por las noches, mientras él las pasaba en amoroso colóquio con otra prójima. A manera que se iba desenvolviendo la cinta y la trama cómica del asunto; iba también nuestra buena señora desenvolviendo el ovillo de sus celosos pensamientos y cambiando la expresión de su semblante como si estuviera haciendo estudios fisonómicos.

Desde aquella noche la vida del esposo es un infierno y la obsesión continua de la esposa una pesadilla que se aferra más cada vez á la idea de que su marido se la pega. Ni súplicas, ni razonamientos, pueden vencerla de que su esposo es un modelo de hombres casados que no tiene más defecto que el de no dormir temprano. La paz matrimonial ha huido de aquella casa como de otras varias.

Desde que han ido desfilando por el escenario del Coliseo los concertistas, bailarinas, cupletistas, etcétera, se han contagiado tantos individuos con el género, que en algunos domicilios en que antes se reunían las jóvenes á jugar á la lotería de cartones y contar cuentos para entretener la noche, hoy se pasan las veladas haciendo piruetas y contorsiones para aprender el *cake-walk*, el *barbero*, el *garrotillo*, la *matchicha*, la *farruca* y todo ese inmenso repertorio de danzas nacionales y extranjeras tan en boga en los espectáculos del día.

Antes preguntaba usted á cualquier niño ¿tú, que quieres ser cuando seas mayor?; y le contestaba convencido de que lo sería: Yo quiero ser, capitán general, ó cuando menos, *catredático*. Hoy le dice: Yo quiero ser trasformista para tener muchos trajes bonitos; ó campanólogo para que me aplaudan mucho.

En cuanto á las niñas ocurre dos cuartos de lo mismo; todas quieren ser *bellas*, aunque esto es cosa que no puede extrañar á nadie. Muchas niñas, y algunas que no lo son, envidian á las que se presentan en público y triunfan por su cara y su elegancia. Es justo; la mujer, por muy púdica que sea, siempre agradece una mirada ó una flor. ¡Cómo no ha de gustar de montones de miradas y carros de flores en un segundo de admiración!

Dios no le tome en cuenta á Pepillo la *debacle* que pueda producirse en alguna casa por causa del cine. Si yo no tuviera tan buena pasta, también sería víctima de la novedad de las *varietes*; porque, señores, tengo una criadita de San Martín del Pimpollar, que cuando vino con el pelo de la dehesa no abría su boca para cantar ó cuando más cantaba aquello de: «*Como la pica la láaa...*», pero en cambio ahora, desde que se acostumbró al cine, no para su boca ni un minuto con el «*Yo tiré una piedra á un cocotero... tero... tero*, que es una pedrea constante.

En fin, con decir que hoy la llamé para que me pusiera agua en el palanganero, y dió una vuelta alzando la patita con todo el salero que se le puede ocurrir á una del Pimpollar y se marchó á la cocina cantando;

*Y en el Japón
pon, pon,
está bien demostrao
Y en el Japón
pon, pon,
que hay mucho desahogao.*

¡Vamos! Cuando me trajo el jarro del agua, estuve por bautizarla con ella para haberla puesto de nombre: «*La Bella Celedonia*, natural de Sevilla», pero me contuve y dije para mi chaleco: Perdonadla señor... que está también obsesionada.



Prodigio del llanto

Quando te juré amor, en cierto día
por una explosión franca de alegría,
de tus ojos brotaron ricas perlas;
y yo las ví rodar con alma pía
sin hacer intención por detenerlas.

Quando nuestros amores terminaron,
por acceso de pena, derramaron
tus ojos gruesas gotas cristalinas;
y los míos atentos las miraron
correr por tus mejillas purpurinas.

Lloraste ébria de júbilo y contento;
lo hiciste por amargo sufrimiento;
yo consentí tus lágrimas severo,
porque sé que es el llanto verdadero
la mejor expresión del sentimiento.

Si... ¡plañidera del sentir profano!...
ese llanto del ánimo oriundo
al corazón le presta lenitivo,
y si es valle de lágrimas el mundo
llora con libertad... no te lo privo.

Que de tu llanto el agua halagadora
cae en mi alma y en bondad la altera,
como ablanda la tierra productora
la lluvia que descende bienhechora
desde una nube gris de primavera.

JOSÉ MAYORAL FERNÁNDEZ.



UNA RIVAL

(Traducido del Francés.)

I

A media noche la reunión lucía en todo su esplendor. La orquesta ejecutaba valeses seductores; las parejas pasaban y desaparecían en caprichosa confusión. Glorias de la Academia de Ciencias, de la de Medicina y de la Universidad se confundían entre la concurrencia, en aquel palacio del arrabal de Saint-Germain. La nobleza se congratulaba de encontrarse en casa de la señora Dubrenil, descendiente de los d'Argenton, una de las más ilustres familias de Francia, sabios y académicos que habían venido con curiosidad á estos salones, hasta entonces cerrados á todo el que no poseía un *título aristocrático*.

El viejo hotel de los d'Argenton en la calle Babylone nunca había recibido invitados tan diversos. Este nuevo estado de cosas obedecía al reciente matrimonio de la hija de la señora Dubrenil, la encantadora Dionisia.

Había ésta necesitado de toda su voluntad para que su casamiento desigual fuese aceptado. Cuando manifestó á su familia que amaba al doctor Dubrenil, y que no aceptaría otro marido, un rumor de desaprobación acogió sus declaraciones.

Después de un espacio de tres años, durante los cuales no consiguieron doblegar su tenacidad, llegó á ser la mujer del sabio.

El doctor Dubrenil, pertenecía á una familia muy modesta. Siguiendo la senda de los Becquerel y Curie, había realizado descubrimientos de una importancia considerable y acabado de trastornar la antigua teoría del átomo.

Después de su matrimonio, á pesar de los temores de su familia, Dionisia parecía dichosa. Por esto los que la conocían bien, como su madre y Fougères, el decano de la Facultad de Medicina, se extrañaban de encontrar aquella noche en ella una alegría ficticia. Mientras los invitados bailaban la señora d'Argenton había sorprendido en los ojos de su hija, un velo de tristeza.

—¿Donde está tu marido?—le preguntó.

—No sé. En su despacho, tal vez...

—No le he visto apenas, esta noche.

—Nuestros invitados le fastidian. No le agrada que me divierta.

—¿Cómo? ¿No le agrada? ¿Qué quiere decir eso?

—Nada. Sobre todo no le hable V. de mi preocupación.

Los temores de la señora d'Argenton eran justificados. El doctor Dubrenil, consentía en que su mujer se procurase distracciones, pero no quería, por su parte, perder en ellas un tiempo precioso. La vida

de recepciones, los mundanos compromisos le habían sido indiferentes al principio, pero acabaron por fatigarle en extremo. Aquella misma noche, al tiempo de prepararse para la reunión, habiase suscitado una discusión, en el matrimonio.

En tanto que los invitados por Dionisia y su madre, bailaban en los salones del piso bajo, él se había retirado á su despacho para meditar con libertad.

Contemplaba sobre su mesa el retrato de Dionisia y buscaba el medio de hacerla aceptar sus proyectos para el porvenir. Los murmullos de la orquesta subían hasta él y aquella alegría, aumentaba su tristeza.

No obstante Dubrenil volvió á bajar, y confundiendo entre los grupos de invitados, les habló con una afabilidad y complacencia que en él nunca se había conocido. Dionisia le miraba agradecida y sonreía amorosa.

Cuando, á las cuatro de la mañana, la pesada puerta del hotel se cerró, tras el postrer invitado, marido y mujer se hallaron frente á frente. Con un gesto lleno de confianza y de abandono, ella se aproximó á su marido y él la estrechó tiernamente entre sus brazos.

—¿Ya no estás enojado Jorge? ¿por qué haberme de ese modo atormentado anoche?

—Porque así era necesario, vida mía. Si has reflexionado ya debes comprenderlo. Me debo á la ciencia á la humanidad, no tengo el derecho de desamparar mi tarea.

—¿Ya no me amas?

—Te amo más que nunca, y en nombre de este amor te hablo. El soldado no debe desertar de su puesto, yo no puedo arrastrar una vida inútil; yo sufro en ese medio frívolo, al cual no pertenezco, no quiero pertenecer.

Algunas lágrimas habían aparecido en los ojos de su mujer.

—No llores, mi querida Dionisia, yo te lo suplico. No quiero causarte ninguna pena. Me dirijo á tu razón, á tu corazón, al cariño que me profesas. Nuestro amor está en peligro: la siedad llega después de estas veladas sin objeto, de estas reuniones interminables sin utilidad; por el contrario nuestro afecto aumentará más y más cuando yo pase mis días en mi laboratorio, en medio de mis libros y aparatos, procurando aliviar á la humanidad que sufre, esforzándome en enriquecer con algunas nociones nuevas la suma demasiado limitada de nuestros conocimientos.

—¿Que me importa la humanidad, si te pierdo!

—Yo quisiera, querida egoísta, pasar mi vida á tus pies, pero bien pronto destrozarias tu ídolo, como un niño su juguete. Si mi pasión te parece mu-

da, no es por eso menos fuerte, ella se duplicará por el contrario, con un agradecimiento nuevo por el sacrificio, que habrás realizado por mí. Soy un hombre de acción y no de sociedad. Déjame cumplir mi deber, aquí abajo, que por eso no te amaré menos, sino mucho más; y cuando, al llegar la noche pueda, después de un trabajo pesado, pero necesario, descansar de mis fatigas en tu compañía, yo seré entonces el más dichoso de los hombres.

—Tu ciencia es ya mi rival. Yo no te soy suficiente.

—Esta es una rival de la cual puedes estar envidiosa. Tú has amado en mí al laborioso, al trabajador...

—Lo que yo he amado en tí, eres tu mismo. ¿Tu gloria no es bastante completa? La vida es tan larga que podamos vivir separados sin consagrarnos el uno al otro? Yo no tengo necesidad más que de tí, y nada más que de tí.

—Excepto el mundo.

—No.

—¡Si!... Estoy sin embargo, decidido á sustraerme de él. Desde mañana rompo con esta vida estúpida.

—Está bien... Quedaré en mi casa como una recluta.

—No trates de privarte de fiestas y diversiones. Podrás recrearte en ellas sin mí. ¿No tienes á tu padre y á tu madre, que gustosos te acompañarán?

—No. Puesto que deseas nuestra separación ¡obedezco! pero cuando recobres tu libertad, me concederás vivir á mi manera.

—Puedes obrar como te agrada. Te dejo en toda libertad, pues sé no abusarás de ella.

Se separaron con un «adios» seco, descontentos el uno del otro. Ya en su cuarto el doctor, tuvo el deseo de borrar su brusquedad con un beso; después se reprochó esta debilidad, esperando que la noche sabría aconsejar á su mujer.

Por la traducción,

FEDERICO P. OLARRÍA

(Se continuará)



Autobiografía

Joaquín Albi de Paz.

Señores, yo nací varón á secas,
 sin la b' larga del barón de Albi,
 ese insigne latero, que nos frie
 con el santo temor que tiene al sable.
 Y en las orillas del cantado río
 que al Duero afluye y que en Gredos nace,
 allí el setenta y seis, tejió mi cuna;
 ¡allí pasé la flor de las edades!
 Me hicieron bachiller, por Salamanca,
 ó, mejor, me hice yo; que ya se sabe
 que á la edad en que duermen las pasiones
 la inteligencia, vigorosa esparce.
 El abrazo fatal de la Bohemia,
 que apicarada quiso conquistarme,
 me detuvo algun tiempo en mi camino,
 y en sus garras dejé la propia carne
 á cambio de sacar, limpio y entero,
 el corazón de entre sus negras fauces.
 En Octubre del año novecientos,
 de tres señores, la bondad amable,
 vestir la toga permitirme quiso,
 terminando mi vida de estudiante.
 Luego, cumpliendo con la ley que dice:
 «quien no tenga garbauzos... á buscarles,»
 defendí decidido las Termópilas (1)
 del novecientos dos, y del combate
 libramos treinta y siete compañeros,
 que pasamos á ser representantes
 del Estado, en sus pleitos y sus causas
 en los Juzgados y en los Tribunales;
 como un Estado resultaba poco
 tomé otro estado para completarle;
 y, hoy vivo consagrado á mi carrera,
 á mis escritos profesionales,
 y á veces á escribir... por obediencia,
 como escribo estas líneas esta tarde.

JOAQUÍN ALBI.

(1) Leáse oposiciones.





Se halla entre nosotros nuestro respetable amigo D. Lucas Martín, de regreso de Arévalo, á donde fué con motivo de la enfermedad de su señor padre, á quien ha dejado muy mejorado por lo que le felicitamos.

También se halla fuera de peligro, y muy mejorada de la enfermedad que padecía, la madre política de nuestro querido amigo D. César Jiménez.

Una de las hijas de nuestro respetable Gobernador Civil, Sr. Gonzalez Heredero, se halla enferma; deseamos muy de veras que desaparezca la gravedad de la enfermedad que la aqueja.

Hemos tenido ocasión de ver las obras que se están realizando en el piso principal de la casa de la plaza del Alcázar, en que tiene su comercio, nuestro amigo D. Senén Martín, para instalarse en él, la Sociedad Hijos del Trabajo. Han desaparecido una porción de tabiques, para hacer un espacioso salón y en el entresuelo de la misma casa, se instalarán muy cómodamente las clases de la misma Sociedad, que ahora parece entra en un período de actividad que deseamos sea precursor de la prosperidad que dicho Centro docente merece.

En el próximo mes de Mayo se celebrará en Madrid el matrimonio de la bella señorita Enriqueta Repullés, hija del conocido arquitecto del mismo apellido, con el joven D. Luis Muñoz Baena.

Deseamosles una eterna luna de miel.

Acompañado de su familia, hace unos días salió para Madrid, en donde piensa fijar su residencia, nuestro distinguido amigo D. Isidro González Soto.

Con igual objeto, saldrá muy en breve para la Corte, la distinguida señora viuda de D. Manuel Nieto.

Nuestro particular amigo el Administrador de correos de esta capital D. Federico Gavidia, ha sido destinado á prestar sus servicios á la Administración de Valladolid.

Enviámosle nuestra enhorabuena y tenga la seguridad de que como nosotros, todo Avila, lamentará su marcha.

Y tengo que advertir á mis lectores, por si no se han fijado (por más que yo sospechoso que si) que, desde el anterior número, ilustra esta sección de nuestro semanario, una preciosa viñeta que no es obra del reputado dibujante madrileño Sr. Donaz, sino de otro artista, no menos reputado, que ha obtenido *la mar de premios y menciones honoríficas* en Villa Inverosimil y en Villa Ignota; el popular DIABLO COJUELO que desde estas columnas tiene el inmerecido honor de saludaros todas las semanas y el cual hace ocho días que está pasando la dura y afflictiva prueba de no saber donde se halla una idem de su imagen que, para que le conocierais y os recreárais en ella, habia de publicarse en PROSA y VERSO.

Séame permitido, desde estas columnas, rogar á todas las autoridades del Reino, que si llegase á su noticia el sitio en donde el cliché se encuentra, lo pongan en conocimiento de su original por lo que les estará altamente reconocido.

Sus señas son: frente y pelo regulares, nariz regular, ojos regulares, boca regular, mejillas regulares, cubiertas por una regular barba y orejas regulares.—Señas particulares un lunar en la mejilla izquierda, próximo á la nariz. Aspecto general una mezcla así como de artista ó político, aunque no es ninguna de las dos cosas.

EL DIABLO COJUELO.

Nota bene.—Después de escritas las anteriores líneas llega á mi noticia que me hallo en Linares.



Meditando

Una nota para mis memorias.

....Momento deseado y temido. ¿Pero ha llegado? Hay que abordarle, porque la vida, no se detiene. Es preciso decidirse en esta lucha, que en la imaginación sostienen dos problemas; uno, misterioso, con todos los encantos de la aurora y todas las lobregueces de la noche, aterrador y atractivo, acariciado, á través de su impenetrabilidad, por todos los sueños y todas las fantasías del alma: la vida soñadora que embriaga en dulces ensueños la juventud. El otro, es la vida real, fría, prosaica, que me aparta del primero, que tortura con su rigidez y frialdad el alma, acariciada por las fantasías y las quimeras.

¿Es preciso, es lo lógico, correr, con ideas fijas, tomadas en la resolución primitiva y única, hacia el logro de lo que se he resuelto buscar, con la vehemencia loca de aspirar enseguida todas las am-

brosias y todos los néctares que han de embriagar el alma, ó es necesario ir recto hacia el prosaísmo de la existencia, con el dolor y la tortura que ocasiona el recuerdo de la ilusión ahogada, del sueño roto por la fría inconmutabilidad del alma, despertada prematuramente en la vida desilusionada y amarga.

¡No!... ¡Es preciso vivir la vida plena, soñar, esperar, sentir todos los resortes de la existencia, palpar las cosas, absorber todos los cálices, sentir en el alma las creencias, los desengaños, las pasiones, el dolor!

Dejar obrar al destino. Eso sí, con la convicción de que, si nacen las ilusiones en la fantástica mente, aureadas por matutino arrebol, y engendradas cuando la vida del alma, en su pleno desarrollo, se presente aún en lontananza, la vida que se aspira puede restaurar las fes perdidas, puede ensanchar la ilusión de lo aspirado, ó puede dejar el doloroso desengaño que dejan las efímeras sensaciones que ocasionó lo vivido.

Hay que dejar á la imaginación dorar sueños, basados en el mundo real de las cosas; que los eleve, sobre las mezquinas pasiones, á un espacio de dulces quimeras para que allí, ¡ah! se cumplan las leyes de un destino.

¡El destino!... ¡Qué tratamientos más crueles tiene el destino en tanto caso! ¡Cómo mata, muchas veces, las dulcedumbres del amor, de la fé y de la esperanza! ¿Sabeis cómo? Repentinamente, con uno de esos golpes rudos, crueles, dados por la realidad ó con la pausa torturadora de una pena constante, con la calma sombría de una agonía eterna.

¿Qué quedará en un alma, ya cuando detrás de ella, no quede otra cosa que la vida ultraterrena? ¡Qué añoranzas, entonces, más crueles, los tristes recuerdos de tanta ilusión dejadas á guñapos entre los zarzales del camino de la vida!

Y morir, ¡matar, mejor dicho! una fé, un ensueño, cuando el alma goza de ese ambiente que trae solo aromas de flores, músicas de pájaros, cantos que deleitan su juventud, es triste, es amargo.

Justo es que, en ciertos momentos, se sienta incertidumbre, inquietud, miedo, dolor en el seno de la alegría, al presentir ó pensar qué duro golpe de la realidad disparará de encantadoras visiones la mente dejando en ella solo un vacío tenebroso. ¿Pero, qué hacer, entonces? ¿Qué alma ahogará sus sueños y quimeras ante el presentimiento de temor y de duda que concibe? Ella comprende, que la muerte que ella los dé, no la ha de dejar, en su futura existencia esas huellas tan crueles que dejan á las almas despojadas, los aniquilamientos de la infamia, de la maldad, de la saña cobarde y envidiosa, y muchas veces, de la realidad misma, y sin embargo, no los arroja de su seno, ni hay presentimiento que convenza este estímulo ideal, inconveniente por la fuerza de alguna lógica, que al fin, es la ley que lleva, á unos, á las cumbres de la ciencia, del arte, y á otros, á gravitar constantemente, en la semi-ceguedad de su impotencia, en un espacio de burla y ridículo.

Inconvencibles, meditamos siempre, y al fin echamos á andar. El destino nos empuja en busca del fin, muchas veces bien opuesto al que se imaginó al emprender la marcha.

¿Quien teme haber errado, solo por un contra-

tiempo en el camino? ¡Una vez en marcha, ya no se vacila! ¡se sigue adelante! ¿Qué se prevee atrás, por caminos distintos? ¡La dicha quizá, pero acaso también el dolor! ¿Por qué volver, si todas las lejanías envuelven el misterio? ¿Has de hallar en tu retroceso más que el presentimiento de duda que siempre hace vacilar los pasos?

En los momentos de abatimiento y cansancio, siempre, la duda será el tormento de la vida, y sentirás siempre, ante las vicisitudes del camino andado, en tu imaginación y en tu pensamiento, recriminaciones hacia tí mismo por tu cobarde retroceso, que creerás te ha privado, al abandonar la primitiva marcha, del gozo de aquellas visiones poéticas que imaginaste.

No: no se abandona nunca una idea concebida. En el desfallecimiento, siempre se halla el estrellamiento de la idea acariciada. Se lucha. Al menos que haya vida, voluntad, que siempre, el fin de toda existencia, es la muerte.

GUILLERMO GARCIA



ESPECTACULOS

Coliseo Abulense.

Pues si que les digo á ustedes, que nos está armando un *furor* la Bella *idem*, con sus graciles plantas y su *joilà! fin du danse*, que está volviendo los sesos azucarillos y la saliba goma arábiga á nuestros primeros pollos atolondrados y nuestros últimos viejos más ó menos glaucos ó verdes.

Cierto y muy cierto es que el triunviro Furor-Aragón-Guerra, se nos ha presentado con un lujo de trajes vistosos y *faisonnables* que se usa poco por los cines. También es muy explicable que la tal Furor captive con esos dos ojazos que parecen el fondo de *cuentas negras* de los Ayuntamientos, que no dicen ninguna verdad y valen mucho dinero; pero, en lo tocante á eso de *chateuses*, *danseuses* y *acrobateuses*... ¡quite usted hierro, alma mia!

Claro está, que esta clase de espectáculos no se puede pedir que por cuatro cincitos nos traigan á Titta Rufo y á la Barrientos, pero como la variación de artistas es tan frecuente, en beneficio del público, y la impresión de los unos no dá lugar á borrar la causa por los otros, dá esto motivo á establecer comparaciones que siempre son ociosas.

De todos modos, y en honor á la verdad, debemos conceder que el éxito alcanzado por la Furor, la Aragón y el Sr. Guerra, es justamente merecido porque, al fin y al cabo, hacen pasar un rato agradableísimo al público que llena todas las noches el salón para aplaudir al triunviro y admirar la plástica hermosura de las bellas Furor y Aragón.

No hemos de ser tan timoratos ni tan *ciervistas*, que vayamos á pretender moralizar á la sociedad cuando no nos moralizamos nosotros mismos y por razón esta, muy de peso en conciencia, debemos reconocer que los artistas que trabajan en el cine, se dedican á trabajos para *cines* y *varietes*, no para el Corral de la Pacheca ni para la Scala de Milán.

Tan mal están los exabruptos de los entusiastas,

como las críticas de los que se escandalizan sistemáticamente y les ocurre lo que al personaje del *Género Infimo*, de los Quintero, que: Porque llovía... al pasar... pasé... Y á la otra sección: pues porque no llovía... al pasar... pasé... pero si nó jesto es horrible! (y luego se sientan en primera fila).

¡No tanto escandalizar ni escandalizarse!

Los cines son cines y... basta.

El día 3 debutará el célebre transformista Sr. Arcos, que seguramente agraderá al público abulense como le ha ocurrido en todas las provincias que se ha presentado.

Bailes

El día de las Candelas celebrarán grandes bailes el Círculo de la Amistad en su local social y el Casino de los Hijos del Trabajo en el Coliseo Abulense.

También la Verbena celebrará el primer baile de máscaras en su salón de la calle de Tallistas.

N. N.



Agradecemos á nuestro querido colega de Badajoz *Heraldo Extremeño*, las cariñosas frases, que en uno de sus últimos números nos dedica, con motivo de las reformas implantadas en nuestra modesta publicación.

Para desvanecer ciertos rumores que hasta nosotros han llegado, debemos hacer constar que carece en absoluto de todo fundamento la especie, echada á volar sin duda, por algún amigo nuestro, de que somos remunerados por las personas de quienes nos ocupamos en la sección *Nuestra juventud*.

Dicha sección es completamente gratuita, y en ella figuran y figurarán, no los jóvenes á quienes nos recomiendan, sino los que á juicio de la Redacción, merecen por sus méritos los honores de la publicidad.

Nuestro distinguido amigo D Sebastián Fernández, representante en esta ciudad de la Fábrica de papel de fumar «Victoria» nos ha remitido un precioso y artístico almanaque de pared, obsequio que dedica á su clientela la citada y cada día más importante fábrica.

Muy de veras agradecemos al Sr. Fernández su exquisita galantería y le quedamos muy reconocidos por su atención.

¡Ya pareció aquello!

Nos referimos al retrato de nuestro querido com-

pañero de Redacción D. Eduardo Balabasquer, (vulgo *El Diablo Cojuelo*).

Cuando habíamos perdido toda esperanza, recibimos noticias de que estaba detenido en Linares, á cuya población se remitió por error padecido por el encargado de certificar los numerosos clichés que diariamente envía por correo la casa «Pablo Santamaria» y que consistió en que al extender la dirección del paquete á nombre del Director de PROSA Y VERSO, en vez de poner *Avila*, puso *Linares*, debido á que el anterior paquete que habia extendido iba dirigido á este último punto.

Gustosos damos estas explicaciones para que los empleados de correos, queden en el lugar que les corresponde, pues como se ha demostrado, son ajenos por completo á las causas que han motivado el retraso con que llega á nuestro poder el cliché del señor Balabasquer.

Y no queremos terminar sin enviar público testimonio de nuestro agradecimiento, á nuestro particular amigo el Administrador de correos de esta capital D. Federico Gavidia, por el interés demostrado en averiguación del paradero de la efigie de nuestro citado compañero.



R. L.—Madrid.—Tomada nota de su cambio de domicilio.—No nos olvide y envíe algo.

G. G.—Garganta del Villar.—Recibido su trabajo, que como todos acojemos gustosos.—Mandelos en sobre abierto, pues por su «Meditando» he tenido que pagar ¡30 céntimos!

T. M.—Madrid.—No publicamos, por ahora, más retratos que los de los redactores y colaboradores.

Andrés.—Avila.—Gracias por su felicitación. Tenga la seguridad de que corresponderemos al favor que el público nos dispensa.

S. P. A.—Madrid.—¡Allá vá!

Era rubita y baja
pero muy esbelta
y con un cútis
más fino que la seda.

¡Picaron! ¿Cómo sabe usted que era fino el cútis? Santiaguíto.—Palencia.—Eres *turco* y no te creo, aunque me lo digas en un mal romance.

Sansón.—Avila.—¿Que vá usted á darse de baja si no le publico el soneto? Pues desde ahora mismo paso nota á la Administración.

P. C.—Madrid.—Tan descuidado está el fondo como la forma.

Pepito.—Avila.—Puede usted hacer cosas mejores que la que nos envía.

EL CARTERO.

B. Manuel, impresor.—AVILA.